

historia natural, la historia de las civilizaciones (historia humana) y la eternidad. Sólo hay una Historia: la historia de lo Uno que se manifiesta en la Naturaleza y en todos y cada uno de los hombres. Según una mentalidad hegeliana, aunque con una sensibilidad simbolista, el poeta siente que su historia es la historia de todos y de todo el Cosmos. El arte (y el arte griego antiguo aquí lo testimonia) es una prueba de que el espíritu del hombre puede seguir vivo a través de los siglos: «Todas viven aún, las madres de los héroes, las islas,/ leíste, y los signos, las aguas,/ los olivos solares, el ocaso/ en la caldera hundida,/ se abrieron a tus ojos como/ una constancia: la presencia/ pura (..)» (p. 65). Espíritu humano, Arte, Naturaleza y Dios fundidos en un armónico Uno. En esa armonía encuentra sentido (aunque secretamente) el dolor humano, el cual, por lastimoso que resulte, servirá como lección memorable sobre la maldad humana que debemos repudiar y el espectáculo del mundo que siempre nos consuela ante tanta ruindad (léase, por ejemplo, el poema inspirado en los sanguinarios atentados del 11 de marzo en Madrid, en pág. 25).

A tal visión del mundo, que se deja sentir a cualquier lector atento (esté o no de acuerdo con los principios intelectuales de esta

cosmología panteísta), corresponde una palabra más fluida y expansiva que la del primer Sánchez Robayna, pero siempre económica y sobriamente modulada, como si de una sencilla oración se tratase. En ella, para representarnos la maravilla de la comunión entre Hombre y Naturaleza, el poeta hace uso de unas pocas imágenes y de unos cuantos colores de intensa significación, que contribuyen, con su sencillez, a presentarnos un paisaje despejado, serenamente límpido. Esa sensación de estatismo se intensifica mediante el empleo de la estructura nominal, con escasez de verbos en forma personal y proliferación de sustantivos y adjetivos que otorgan al poema una ritmo demorado y solemne.

Los dibujos de Antoni Tàpies, que ilustran muchas páginas del volumen, se adecuan con acierto y perfección a la emoción de comunión gozosa del poeta. Así, la reproducción de huellas dactilares y de otros miembros humanos junto a líneas que evocan esquemáticamente elementos paisajísticos o mensajes escritos hablan muy bien de esa *correspondencia* entre Hombre, Palabra, Arte y Naturaleza. Que el mundo es divino «necesitas saberlo, si quieres comprender/ las palabras que el mar está diciéndote» (p. 45).

**Moradas del insomne**, Rafael-José Díaz, *Santa Coloma de Gramenet (Barcelona)*, La Garúa Libros, 2005, 83 pp.

En la poesía de Rafael-José Díaz (Santa Cruz de Tenerife, 1971) sigue vibrando una intensa aunque sobria sensualidad, centrada en la mirada y en el tacto. En éste y en sus libros anteriores (*El canto en el umbral*, 1997; *Llamada en la primera nieve*, 2000, y *Los párpados cautivos*, 2003), la sensualidad no es sólo una cualidad del decir poético, de la palabra resultante tras el trabajo creador, sino que se halla en el origen de todo poema y en la misma manera de relacionarse el yopoético con el mundo. Así pues, el hablante de estas composiciones parece tan asombrado—tan poseído—por los seres *mirados y palpados*, que su conocimiento del mundo apenas ha pasado por la reflexión racional, por la lógica del pensamiento abstracto, río que se yergue como un conjunto de imágenes y sensaciones capaces de llenar todo su espíritu. Sensación, posesión del objeto sentido y conocimiento del mismo parecen ser movimientos simultáneos, imposibles de deslindar cronológicamente. Hay en estos poemas (y en su obra anterior) una suerte de mística mundana por la que

el universo es conocido y gozado a la vez, con una intensidad tan espontánea que el yopoético apenas tiene tiempo para reflexionar sobre sus sensaciones ni para atisbar una realidad trascendente a lo que se mira y se palpa.

Pero, aun dentro de este mismo modo de buscar al otro y a los otros, el camino poético y espiritual de Rafael-José Díaz nos lleva ahora por un lugar ciertamente distinto al de sus comienzos. Más que en ninguno de sus libros anteriores, se siente aquí el transcurso del tiempo, con sus inevitables pérdidas y sus nuevas esperanzas (éstas ya no tan firmes como en sus andadas anteriores). El yo de estos poemas, especialmente en los de tema amoroso, explícitamente homosexual en muchos casos, acusa la ausencia de los distintos seres amados; pero, incapaz de renunciar al gozo de los sentidos, prefiere no encararse con el vacío de los que se han ido, y así opta por construirse una morada interior donde la memoria de todo lo gozado le siga proporcionando el placer de la mirada y el tacto. De manera que los poemas de ahora son, en su mayoría, reflejos de su mirada al mundo de los recuerdos y de los sueños sobre los instantes pasados en la posesión real del objeto amoroso. Con resonancias de Antonio

Machado, ahora más notables que nunca, el yopoético mira hacia adentro para recrearse en el hontanar de sus recuerdos y sueños aún vivos, en esa morada donde el insomne muchas veces es incapaz de discernir entre lo presente y lo ausente recordado o soñado:

Toda la sombra se ha cerrado  
ahora alrededor de tus despojos  
para alcanzar la médula de luz  
(p. 11).

Ese recinto interior será el escenario de nuevas revelaciones, hasta el punto de que las pérdidas de los distintos seres amados no le han hecho perder su fe en el amor ni en la contemplación armónica del mundo, salvo en momentos muy concretos de aguda soledad, como ocurre en el estremecido monodílogo del poema «El árbol, la noche».

Con una voz tan armoniosa y serena como la de sus libros anteriores, Rafael-José Díaz ha seguido afanándose en la búsqueda de la palabra que mejor exprese su camino vital, y como éste ha ganado en longitud y en hondura, el verso de ahora brota aún más armonioso y más lúcido.

**Carlos Javier Morales**

**Novela y mentalidades. Tres estudios sobre Galdós, Carranque de Ríos y Aldecoa**, Mariano Serrano Pascual, Madrid, Siete Mares, 2005, 189 pp.

Tres nombres se reúnen en este ensayo, tres nombres de calados muy distintos: el novelista histórico Benito Pérez Galdós de *La Fontana de Oro*, el social –y total– Andrés Carranque de Ríos y el testimonial y metaliterario Ignacio Aldecoa. Es cierto que en esta ocasión comparten volumen y poco más, dado que Serrano Pascual no lleva a cabo un estudio comparativo de los tres autores. Sin embargo el título sugiere el objetivo claro de analizar tres mundos novelescos y tres mentalidades. Podemos establecer conexiones.

En los tres casos, el ensayista observa un enfrentamiento que se da en las páginas de los escritores analizados. En primer lugar, analiza la oposición entre absolutismo y liberalismo en *La Fontana de Oro*, una novela histórica que le parece el inicio de algo en la que será una estupenda obra galdosiana pero que no salva por completo. En segundo lugar, destaca la división de clases sociales que se percibe en toda la obra carranquiana y, finalmente, superpone las tendencias de realidad y locura que Aldecoa disemina en